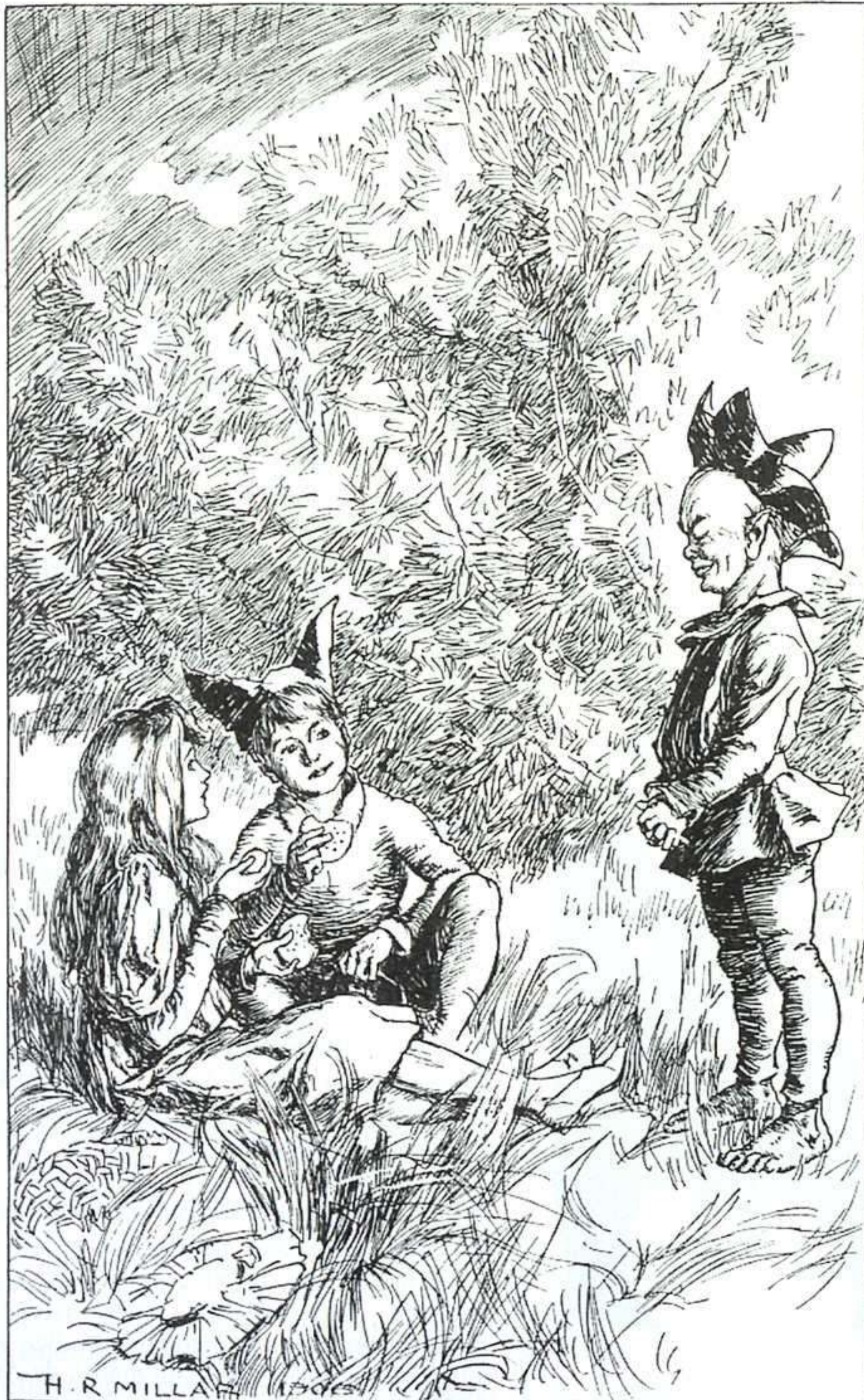


RUDYARD KIPLING

«Puck» o la historia de Inglaterra

Por Jorge Ferrer-Vidal*

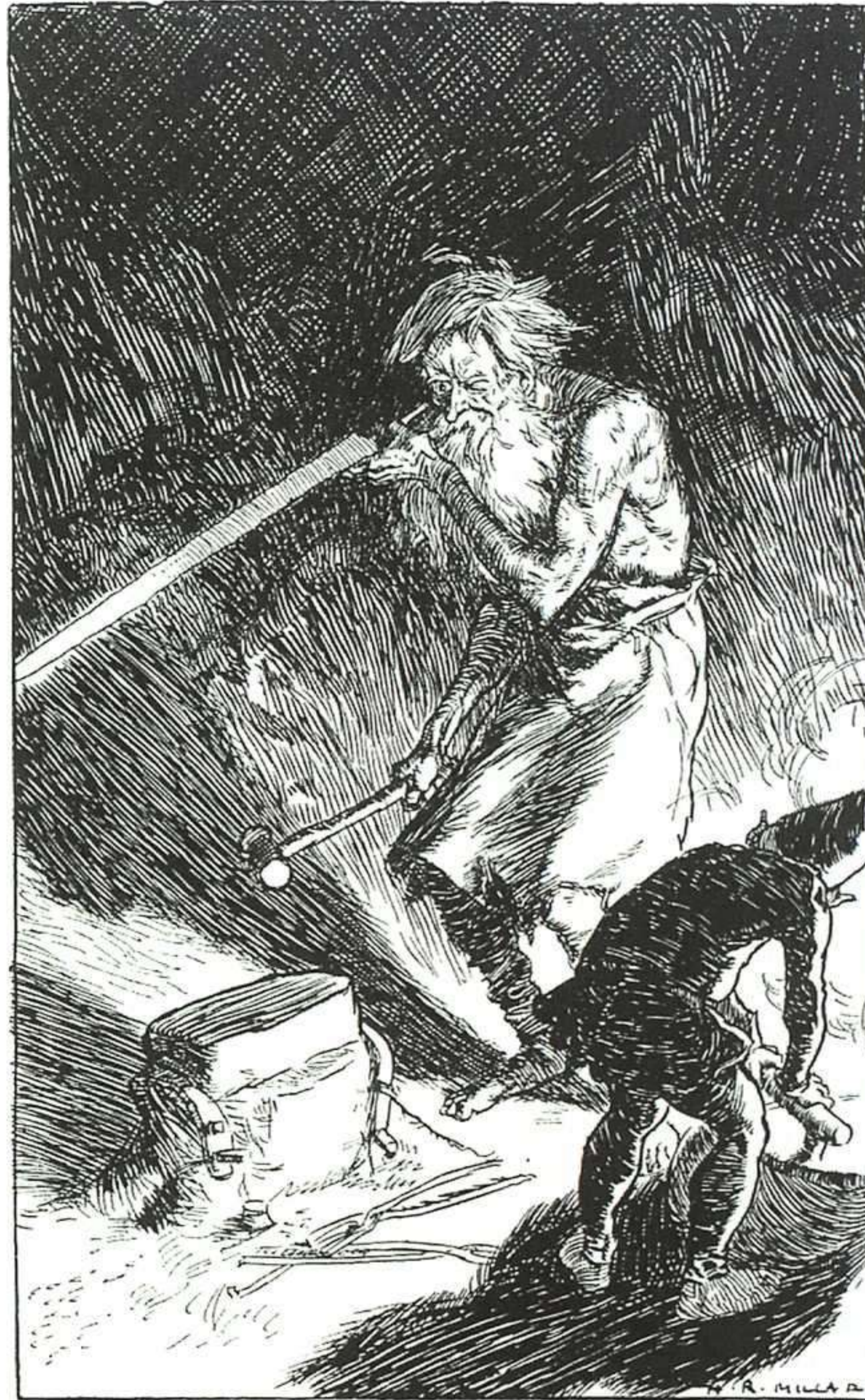


HAROLD R. MILLAR, PUCK DE LA COQUINA DE PUCK, ANAYA, 1987.

Bello libro dirigido a los lectores juveniles, obra de arte de interés universal sobre el pasado y el presente de Inglaterra, desde la aparición del hombre en sus espesos bosques, hasta el reinado de Enrique VIII, a mediados del siglo XVI. La historia real de un país y sus habitantes contada por un escritor, que no historiador, capaz de recrear magníficamente esos ambientes, personajes y épocas. Y Kipling se fijó en Shakespeare para poner en pie este fresco sobre sus remotos y comunes antepasados y, como él intentó trasladarse en mente y espíritu a los períodos históricos que quiso retratar.



ENRIQUE PORTA, PUCK, EL DE LA COLINA DE POOK, BRUGUERA, 1981.



HAROLD R. MILLAR, PUCK DE LA COLINA DE POOK, ANAYA, 1987.

Puck de la colina de Pook es, antes que otra cosa, un bello libro, dirigido a lectores juveniles —lo juvenil es un estado de ánimo que poco tiene que ver con la edad—, deseosos de ampliar su experiencia literaria, de conocer a un escritor en la madurez de su talento, de experimentar el goce estético que supone llegar a la raíz de esa aventura humana que es el ensueño, la recreación imaginada y todo aquello que, por ser profundamente verdadero, resulta difícil de definir. *Puck de la colina de Pook* es una obra de arte de interés universal sobre un tema muy específico que, en manos de su bienaventurado autor, Rudyard Kipling, interesa a todos los que han pasado, pasan y pasarán por este mundo, cada día más alejado de la ilusionada tarea de

ornar la realidad sensible con lo imaginativo. *Puck* es un genuino producto del talento literario inglés, serio y burión, enternecedor y frío, profundo y distanciado, particular en su forma y ecuménico en sus contenidos.

Hace años, muchos años, que conozco a Kipling y, en consecuencia, a toda su obra. Hace ya más de cinco décadas, decidí destetarme literariamente de la servidumbre bienintencionada a la que me sometían mis progenitores y fui a dar con un libro que había dado ya un par o tres de vueltas al mundo y que para los españoles —no era ni es nada extraño— resultaba aún una novedad. Llevaba por título *El libro de la selva* y su autor era un inglés eduardino, más bien de baja estatura, de mirada profunda y bonancible y de amplios bigotes, más

propios de los años en que vivió la reina Victoria que de los arranques técnico-progresistas que caracterizaron el breve reinado de su hijo Eduardo. Poco a poco fui deshojando la engañosa margarita de mi adolescencia en la grata compañía de ese señor Kipling que escribía para mí sus libros desde las lejanas, brumosas y verdes tierras de Inglaterra, como lo hiciera antes desde los exóticos paisajes de la India o desde los no menos atractivos escenarios de los Estados Unidos de América. Los pétalos de mi margarita adolescente están aún ahí: *Kim*, *Stalky & Co.*, *Cuentos de las colinas*, *Baladas de cuartel*, *El segundo libro de la selva*, *Los siete mares*, *Capitanes intrépidos*, cuentos breves, poemas, más historias, hasta arribar en buena hora a este *Puck*.

Recreación de ambientes, épocas y personajes

Decíamos que este libro posee un contenido muy específico y así es. Esta pequeña obra maestra de la literatura universal trata, nada más y nada menos, que de la historia real de Inglaterra y de los ingleses. Y tras esa afirmación, que he intentado retrasar hasta donde me ha sido posible, debe seguir una nota aclaratoria para todos aquellos que, como hace constar la escritora inglesa contemporánea, Una Pope-Hennessy, tienen sobrados motivos para llevarse las manos a la cabeza cuando se les habla de un novelista inglés que escribe *manuales* de historia, en especial, si tales libros van dirigidos a los niños. ¿Quién no recuerda el horror de la *Child's History of England*, de aquel admirado y extraordinario escritor que fue Charles Dickens? ¿Quién puede olvidar las tonterías históricas recogidas por el también excelente novelista americano Nathaniel Hawthorne? ¿Quién no se irrita aún ante los despropósitos y los delirios, contenidos en el *Outline of History*, del más cercano a nosotros y también inglés Wells? Con tan amargos precedentes quizá más de uno frunza el ceño al saber de otro gran escritor británico convertido en historiador.

Pero permanezcamos tranquilos. No cabe aquí aplicar ninguno de los juicios que entre los propios ingleses levantaron las obras citadas, por la simple razón de que *Puck de la colina de Pook* nada tiene que ver con ellas. Kipling es, ante todo, un escritor, un fabulador artista, y los elementos y situaciones que aparecen en sus obras —especialmente en aquellos que versan en forma directa sobre la historia de su pueblo, como es el caso de sus dos libros de Puck, el presente y su hermano gemelo *Rewards and Fairies*, ambos protagonizados por los niños Dan y Una— son tratados con absoluta objetividad y con delicadeza de la mejor ley, siguiendo la tradición de la escuela histórica británica que en los grandes centros universitarios del país lleva a cabo sistemáticas y rigurosas investigaciones que le han valido ser considerada como una de las fuentes más fidedignas de la historiografía del mundo contemporáneo.



HAROLD R. MILLAR. PUCK DE LA COLINA DE POOK, ANAYA, 1987.

A Kipling jamás podrá aplicarse aquellas tristes palabras que el crítico Forster dirigió a Dickens, a raíz de la publicación de su *Historia de Inglaterra para niños*: «Dickens hubiese hecho mejor en dejar la enseñanza de la historia en manos de profesores competentes, antes que atreverse a desfigurarla de forma tan lamentable».

Kipling, por el contrario, en lugar de desfigurar hechos históricos, contribuye eficazmente a la recreación de ambientes, personajes e incluso épocas de la historia de su país, siempre atemperado por su gran sentido artístico y por su

responsabilidad de escritor. Entrañablemente unido a su pueblo, Kipling es artista privilegiado, hombre en posesión de esa humildad enaltecida que debe asistir a quienes aspiran a aprehender con precisión la esencia de los hechos, usos, costumbres, estados de ánimo, conductas humanas y hasta significados de simples palabras.

Kipling buscó y halló un gran maestro en el arte de escribir la historia de sus gentes. Para su bien, fue a dar con el artista literario que, junto a nuestro Miguel de Cervantes y Saavedra, ocupa el lugar de honor en la cúspide de la gloria lite-



ENRIQUE PORTA, PUCK, EL DE LA COQUINA DE POOK, BRUGUERA, 1981.

raria a la que se llega por ásperos caminos de difícil escalada para enanos soberbecidos y por cuyas quebradas y tajos se han despeñado más de ciento. Kipling tuvo la genial intuición de acercarse a beber savia creadora en el acogedor y rumoroso caudal de William Shakespeare.

El feliz legado del arte shakesperiano

En todas las obras de Kipling se advierten reminiscencias del gran autor de

Stratford, incluso en aquellas que transcurren en lejanos lugares, inhóspitos, quizás impermeables, ¿quién sabe?, a nuestra cultura de Occidente. Y si en sus obras selváticas, en sus narraciones indias, en sus relatos de mar adentro y hasta en sus baladas cuartelarias parece distinguirse el feliz legado del arte shakesperiano, ¿cómo no iba a ser Shakespeare uno de las grandes intérpretes de las obras más genuinamente inglesas que escribió un Kipling dispuesto a narrar la historia de su tierra natal y de su pueblo amigo? Nadie mejor que Shakespeare supo hablar al oído de Kipling de

sus remotos antepasados britanos por boca de *Cimbelino*, el rey nativo de Gales asentado en su corte, entre los cárdenos montes de su país natal, pronto a defender palmo a palmo su tierra ante el peligro de los invasores romanos; nadie mejor que Shakespeare pudo infundir en Kipling el espíritu de anglicanidad que vivifica sus diez dramas históricos de otros tantos monarcas de la Inglaterra medieval, desde *La vida y muerte del rey Juan I*, a la más completa y perfecta de sus biografías escenificadas, la que tituló *La famosa historia de la vida del rey Enrique VIII*; sólo su deliciosa comedia *Sueño de una noche de verano* pudo proporcionar a Kipling un introductor ideal de antañones embajadores de la historia inglesa, como el inolvidable Puck; y sólo una joya de la literatura universal, como *La Tempestad*, máximo y postrer exponente de un hombre en esencia literario, es digna de poner broche final al ciclo de ensoñamiento ilusionado abierto ante nuestros ojos por los dos libros de Kipling que evocan el pasado de Inglaterra. En definitiva, todo aquello que conforma el meollo del arte shakesperiano se da cita en la pequeña obra *Puck de la colina de Pook*.

Al margen de sus méritos artísticos —si es que alguien puede prescindir de ellos, en algún modo, al analizar la obra shakesperiana—, el comediante de Stratford es un paradigma de la objetividad y de la imparcialidad histórica, adelantado en su tiempo a las modernas teorías que postulan, como condición previa a la tarea de historiar, la necesidad de trasladarse en mente y en espíritu a los esquemas culturales y formales del tiempo en el que se investiga. Así lo intuyeron los dos grandes escritores ingleses a los que aunamos en la eternidad de un tiempo histórico que es en sí despreciable, equivalente apenas a dos o tres minutos en la esfera del reloj que se puso en marcha al aparecer el primer hombre en nuestra hermosa tierra.

Y mientras los citados Dickens —a quien todo se le perdona por las horas agrídulces con las que tuvo a bien esmaltar nuestros primeros años de lectores—, Hawthorne y Wells, no pierden oportunidad de echar mano a vocabularios tabernarios y abundan en los más lamentables vicios de la antihistoria, ver-

tiendo insultos a los enemigos, ciertos o presuntos, de su país natal, entre los que figura, ¿cómo no?, España, nuestros reyes, nuestras instituciones y nuestro pueblo, en Shakespeare y en Kipling la decoración cambia radicalmente.

Shakespeare y España

Es curioso observar en el conjunto de la obra de Shakespeare —y tengamos en cuenta que William estaba vivo y bien vivo, en plena juventud en 1588, cuando nuestra Armada Vencible, y tan venci-

ble, erizó los cabellos del pueblo inglés— hay un aroma gratificante de simpatía y de respeto hacia España. Su inolvidable Falstaff prefiere antes que cualquier otro vino, el nuestro de Canarias y, en su defecto, el de Jerez. Eran los caldos que llegaban a Inglaterra desde el puerto irlandés de Galway, fin de trayecto del comercio marítimo de vinos españoles en la costa atlántica, donde existe aún un barrio español («The Spanish quarter»), muy cercano a los muelles, en el que se conservan algunas casas de los siglos XVI y XVII y el conocido «Spanish Arch», de delicada ojiva.

Los aires y las músicas de baile que más complacen a la juventud que aparece en las comedias shakesperianas suelen ser también españoles, con marcadas preferencias de nuevo hacia los procedentes de nuestras Islas Afortunadas. Y hasta en el pleito matrimonial de su rey Enrique VIII con nuestra princesa Catalina de Aragón, Shakespeare no sólo opta por las razones de ésta, sino que la recrea e idealiza hasta el punto de convertirla en uno de los personajes femeninos más atractivos y limpios de su extenso repertorio teatral, comparable acaso con la fiel Cordelia de *El rey Lear* o con la tierna Imogda, de *Cimbelino*.

Hace observar nuestro gran traductor y comentarista de Shakespeare, don Luis Astrana Marín, que no solamente en la obra de este autor, sino en toda Inglaterra, se percibe un cambio radical de opinión acerca de España durante los últimos años del reinado de Isabel I y los primeros de Jaime I, que inaugura la dinastía de los Estuardo. España, simplemente, estaba de moda en la nación inglesa y el propio rey Jaime I encargó a Shakespeare que presidiese la comisión de recepción a nuestro embajador recién nombrado en aquel entonces, don Juan Fernández de Velasco, duque de Frías, escritor también y amigo del gran dramaturgo inglés durante los años que permaneció en su cargo diplomático.

De todo ello, deduzco —presunción personal que a nadie compromete, sino a mí mismo— que la tan cacareada «enemistad histórica» entre el país de Kipling y el nuestro es un monstruo creado por el antihistoricismo de los, por otra parte admirados, Dickens, Wells y hasta si me lo permiten decirlo, ¿por qué no?, de los Belloc y Chesterton.

Un extraordinario retablo de personajes

Puck de la colina de Pook es un extraordinario retablo de personajes de la historia real inglesa, en sus distintas épocas. Tan reales e históricos son la mayoría de los protagonistas que en este libro aparecen, que lo convierten en un compendio muy completo de lo que fue Inglaterra desde la aparición del hombre en sus espesos bosques hasta el



HAROLD R. MILLAR, PUCK DE LA COLINA DE POOK, ANAYA, 1987.



ENRIQUE PORTA, PUCK, EL DE LA COQUINA DE POOK, BRUGUERA, 1981.

reinado de Enrique VIII, fallecido el 28 de enero de 1547. Pero no es tan sólo un epítome de la historia inglesa. Yo diría que, por encima de ello, la obra es un libro de amor. Y no de un juvenil y primerizo amor, sino de un viejo amor reencontrado. Kipling nace en Bombay; se educa en su infancia en Inglaterra; viaja por vocación o por obligación por buena parte del mundo; pasa dos estancias más o menos largas en los Estados Unidos y regresa, ya en su madurez, a una Inglaterra tan bien conocida por información testimonial y libresca como por propia experiencia. Se afinca —no podía ser de

otro modo— en uno de los llamados *home counties* que forman el corazón de la Inglaterra que rodea a Londres. Sussex es el lugar elegido por Kipling para permanecer ya para siempre en su país. Instalado en su finca *Batesman's*, en Burwash, escribe aún buena parte de su obra que constituye un capítulo más —muy importante— del acto del amor literario del que hablábamos antes, y que parece encontrar su inicio en 1906, cuando publica, con su espíritu abierto al hondo lirismo shakesperiano y el recuerdo vertido sobre su añorado paisaje de Sussex y de los South Downs, la historia de este

Puck, el duendecillo del *Sueño de una noche de verano* que, como se lee en el texto de esa obra, es un alegre rondador nocturno:

«Yo divierto a Oberón y le hago sonreír cuando atraigo algún caballo gordo y bien nutrido de habas imitando el relincho de una yegua joven. Y a veces me acurruco en el tazón de una comadre, en forma de pero cocido y, cuando va a beber, choco contra sus labios y hago derramarse la cerveza sobre su marchita papada. La prudente tía, refiriendo un cuento triste, suele equivocarme con su banqueta de tres pies; entonces resbalo por entre su nalgadorio, ella da de bruces y grita: “¡Sastre!”, y cae en un acceso de tos. Y al punto la concurrencia, apretándose los costados, ríe y estornuda y jura que nunca ha pasado allí unas horas más alegres...»

Puck es, pues —el texto shakesperiano lo deja bien claro—, un apropiadísimo introductor de embajadores históricos, un ser maravilloso, tan travieso como buen chico que, en definitiva, se aviene a presentar ante los ojos desorbitados de Dan y Una, realidades que sucedían en tiempos en que los hombres y mujeres eran distintos de lo que son hoy, a quienes los niños aceptan con absoluta naturalidad, sin imaginar un solo instante que aquellos aparecidos de ultratumba son locos furiosos, ni sospechar tampoco que los que han perdido la razón son quizás ellos mismos. Esta atmósfera de real irrealidad es uno de los rasgos más destacables y bellos de la obra de Kipling, a mi modo de ver irrepitible, aunque su autor decidirá darle continuidad en *Rewards and Fairies*. Sea como fuere, en estas dos narraciones de Puck se abre y se consume el ciclo de literatura fantástica que Kipling dirigió a niños y a adolescentes. El resto de sus intentos —que los hubo— es simple añadidura, siempre digna de tenerse en cuenta, pues no en vano salió de su prodigiosa pluma, aunque realmente no aporta nuevos hallazgos.

Diez historias insuperables

Las diez historias contenidas en el libro se me antojan auténticamente inse-



HAROLD R. MILLAR, PUCK DE LA COLINA DE POOK, ANAYA, 1987.

parables; sus personajes, tanto imaginarios como históricos, poseen una consistencia literaria al alcance tan sólo de un gran escritor. Todos ellos están dotados de una difícil capacidad para expresarse con escasísimas palabras, como es el caso, por ejemplo, de los padres de Dan y Una e incluso, sin aparecer físicamente en todo el libro, el de la señorita Baker, la maestra-institutriz. Pero, extrañamente, si con alguno de esa numerosa galería de personajes tuviera yo que quedarme, elegiría, para metérmelo muy adentro, al viejo Hob-

den, podador de setos, no sólo porque tal profesión evoca en mi ánimo íntimos y reprimidos impulsos vocacionales, sino porque representa como ningún otro a la misma tierra que le vio nacer, en la que se halla irrevocablemente enraizado.

Como afirma el biógrafo de Kipling, Charles Carrington, Hobden es consciente de ser quien puede comprender en toda su extensión las preguntas que se formuló Kipling al iniciar este libro: «¿Qué deberíamos conocer de todo aquello que sólo Inglaterra conoce?»,

«¿Qué podemos saber de la actual Inglaterra si previamente no experimentamos un sentimiento de continuidad con la Inglaterra del pasado?». En su genuina rusticidad, Hobden se nos presenta como un personaje que comparte y lamenta el elegiaco final de *La tempestad*, cuando Próspero se despidе de una concepción vital que emana de la validez suprema de la ilusión, de la fantasía y del arte (cf. *La tempestad*, acto V, escena única).

Nos parece que en *Puck...* hay mucho de despedida al mundo del encantamiento y también una vena de indudable dolor por la pérdida del sentir poético. Pero, al igual que en *La tempestad*, la renuncia al ensueño no se traduce en la obra de Kipling en aceptación resignada y mansueta. Kipling es un adalid de la poesía y en modo alguno depone su calidad de gran soñador. Los espíritus de su vieja Inglaterra le incitan a proseguir la inefable labor de poetizar la existencia humana. Nuestro escritor no abdica, como el Próspero de Shakespeare, su condición de legatario de la fantasía, no rompe su varita de mando ni la hunde a muchas brazas bajo tierra. Y menos aún se lamenta de sentirse huérfano de ingenio para cumplir sus designios ni horro de arte para encantar, tanto más cuanto al otro lado del ensoñamiento espera la desesperación de la que sólo salva la plegaria.

Kipling se mantiene fiel a un mundo en el que no es posible la vida de los hombres de no mediar la magia de la fantasía y de la ilusión, un mundo conformado con idéntico palpito que posee el de la propia isla de *La tempestad*.

Puck, el sempiterno duendecillo travieso, utilizando quizás el poder de rememoranza y de olvido de sus tres hojas —el roble, el fresno y el espino—, nos ha arrebatado de la realidad del mundo para mostrarnos la ternura nutricia de su magia blanca, y hacernos ver, con la mirada del amor y del arte, una tierra, unas historias y un paisaje... ■

***Jorge Ferrer-Vidal** es escritor, poeta y traductor.

Nota
Este artículo está extraído de un Apéndice aparecido en *Puck de la colina de Pook* (Anaya, 1987).